

SERMON PARA EL DIA VEINTICUATRO.

(SEGUNDO DE LA NOVENA.)

En la Concepcion inmaculada de María aprende el hombre que el origen de sus miserias es el pecado, y el principio de su gloria la gracia.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.
Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. LUC. I.—49.

Verdaderamente, A. H. M., que el corazón hondamente se contrista al pensar en el momento de nuestra concepción que es el momento más penoso de nuestra vida, porque va acompañado del pecado, y por consiguiente de todas las miserias y de la maldición eterna. «Perezca el día en que yo he nacido, y la noche en que se dijo: concebido ha sido un hombre. Conviértase en tinieblas aquel día, no tenga Dios cuenta de él desde arriba, y no sea esclarecido de lumbré. Tenebroso torbellino posea aquella noche, no sea contada entre los días del año, ni sea puesta en el número de los meses.» Este es el lenguaje del paciente de Hus, del patriarca Job, haciendo patente la infelicidad de los mortales. Jeremías, el profeta de las Lamentaciones, después de expresarse de la misma manera deplorando el día de su nacimiento, llega hasta decir: «maldito el hombre que notició á mi padre: te ha nacido un hijo varón. ¿Por qué el Señor no me hizo morir desde la matriz, de suerte que mi madre fuera

mi sepulcro, y nunca me hubiera dado á luz?» David, el rey profeta, no puede contener las lágrimas cuando recuerda que «ha sido engendrado en las iniquidades, y que su madre lo había concebido en el pecado.» Y el grande apóstol San Pablo considera «á todos los hombres muertos en Adán su padre común por el pecado que cometió, siendo por naturaleza hijos de ira, objetos de la cólera de Dios.» Es que de el pecado original, que todos contrajimos al ser concebidos en el seno de nuestras madres, brotan todas las miserias, todos los males temporales y eternos que hacen harto desgraciada nuestra vida, y eternamente desdichado nuestro destino después de la muerte.

Solo una criatura, que aunque hija de Adán como nosotros, no tiene que lamentar su advenimiento al mundo, ni recordar con pena el día de su concepción, ni derramar lágrimas en el día de su glorioso nacimiento, ni soportar las tristísimas, funestas y necesarias consecuencias del pecado. María, nuestra bendita Madre no ha contraído el pecado original. El Pontífice infalible de la Iglesia católica, Vicegerente de Jesucristo en la tierra, el Santísimo Pio IX, prodigio de la Providencia, hablando al mundo cristiano desde su alta cátedra para enseñarle las verdades de fe, ha declarado para honor de la Trinidad Santísima, para la más grande gloria, y mayor exaltación de la Virgen Madre de Dios, para la edificación de la fe católica y para el acrecentamiento de la religión cristiana, en virtud de la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo y de la suya propia, que «ha sido revelada por Dios, y por tanto debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la beatísima Virgen María en el primer instante de su Concepción, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del linaje humano.»

¡Cuánto dice á nuestras almas, H. M., ese gloriosísimo privilegio de nuestra Madre bendita solemne y dogmáticamente declarado por la Iglesia, y recibido y creído humildemente por los fieles de Jesús! Ese privilegio, á la vez que nos revela el engrandecimiento de la Virgen de nuestros cultos: la dicha y la felicidad que circunda á María como una aureola de gloria y majestad, enaltece también en cierto sentido á nosotros, pues nos comunica enseñanzas muy elocuentes para pensar en nuestro destino sobre la tierra, y en el destino perdurable que nos aguarda en el cielo. Ese privilegio de la Concepción inmaculada de María nos hace dirigir una mirada retrospectiva á nuestra cuna, al origen de nuestra vida para que aprendamos una vez más lo que hemos sido; nos llama la atención sobre el presente para que pensemos con seriedad en lo que debemos ser, y como nos hemos de conducir en nuestra peregrinación penosa y trabajada sobre la tierra, y nos hace entender la incansable solicitud, los desvelos constantes y los sacrificios que hemos de emplear para unirnos á Dios «de quien procedemos, por quien nos movemos y somos.»

Necesario es por lo tanto que meditemos hoy sobre el misterio inefable de la Concepción purísima de María, y al meditarlo saquemos provechosas consideraciones sobre nuestro origen y sobre nuestro destino, á fin de comprender que, si un día fuimos humillados bajo el peso de la iniquidad que nos hacía odiosos al mismo Dios, hoy hemos sido sublimados á muy alta grandeza para conseguir la felicidad suprema de los cielos. Condensando estos pensamientos en una proposición pretendo hacer ver que en la Concepción inmaculada de María Santísima aprendemos dos verdades muy importantes: que el origen de nuestras miserias es el pecado; el principio de nuestras glorias es la gracia. María, nuestra buena y santa Madre, A. M., recibió en el instante primero de su ser natural «una grandeza sin igual con que Dios, que

es poderoso y santo, la quiso glorificar.» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.* Nosotros no hemos recibido en nuestra concepción esa distinción singularísima, es verdad; fuimos desgraciadamente concebidos en pecado; pero podemos aspirar á sublime grandeza, á infinita gloria, usando meritoriamente de la gracia que Dios nos comunica por la intercesión de María nuestra Madre.

Acudamos llenos de fervor religioso á los pies de esta pura, inmaculada y santísima Virgen para que nos alcance los auxilios que respectivamente necesitamos para el buen éxito de estas meditaciones, saludándola llena de gracia ahora y en todos los instantes de su vida.

AVE MARÍA.

I.

Quando he meditado, A. H., sobre el misterio augustísimo de la Concepción inmaculada de María he comprendido perfectamente el privilegio de la preservación de la mancha original, tratándose de la Mujer dichosa que Dios había elegido entre todas las mujeres para ser su Madre, su Hija y su Esposa. Lejos de ser extraño este privilegio, lo he considerado siempre necesario, como una gloria que no podía, ni debía faltar á María tan ricamente engrandecida con todas las gracias con que la Trinidad beatísima quiso glorificar á esta Señora que elegía para su templo y habitación sobre la tierra. Empero no debemos considerar la Concepción inmaculada de María solo como una gloria; hay necesidad de contemplarla también como la exención de una mancha horrible, de un pecado abominable, gravísimo y de consecuencias muy funestas, y bajo este segundo aspecto debemos fijar primeramente toda nuestra atención, para certificarnos todavía más de que el Señor omnipotente y santísimo ha

obrado con María cosas grandes en su Concepcion: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Permitidme, Dios mio, que me atreva á preguntaros: ¿qué habeis visto en el pecado de nuestro primer padre, en aquella infraccion de vuestra voluntad santísima cometida por Adan en el paraíso donde Vos le criásteis para que fuera dichoso? ¿Qué habeis visto en el pecado primero del primero de los hombres para no querer que María se haga cómplice con él, pudiéndola purificar despues de esa mancha, como á nosotros nos purificais por medio de las aguas del bautismo?

Ha visto nuestro Dios, A. H., en ese pecado los funestos extravios de la inteligencia y la mas completa y absoluta perversion del corazón, ó sea la desobediencia al Señor que forma la esencia del pecado que lo ha degradado hasta el fondo de su ser, no quedando en él nada, absolutamente nada sano. Ha visto el orgullo, principio de todo mal, que ha corrompido el espíritu del hombre, pensando neciamente que llegaria á ser dios, orgullo que lo ha condenado á sufrir todo género de servidumbre, la servidumbre del príncipe de las tinieblas que lo sedujo y la servidumbre de sus propias inclinaciones, de sus mas viles apetitos. Ha visto la corrupcion de los deseos que lo llevan á la curiosidad de saber el bien y el mal queriendo arrancar su secreto al Eterno, no habiendo aprendido otra cosa que conocer los remordimientos, porque su razon se ha oscurecido, y ya no sabe que es lo verdadero ni lo falso; porque su juicio y sus pasiones concertadas entre si le engañan continuamente. Ha visto la concupiscencia por la que se deja vencer de sus sentidos y del atractivo del placer que le tienta; de donde brotarán los trabajos, los dolores, la enfermedad, las angustias, la agonía y la muerte; y esta muerte, á la que llega por un camino de dolor será eterna como su delito, como la justicia que le castiga, eterna como el mismo Dios,» segun la espresion de un sábio.

En vista de tantos males que surgen del pecado cometido en el paraíso ¿podria consentir nuestro Dios ni por un solo momento que el pecado tocara á María destinada á ser el santuario viviente de este Señor tres veces Santo? ¡Ah! no, es imposible que la Madre dichosísima de Dios hubiera podido estar, siquiera fuera un instante, en la desgracia del cielo. Jamás se hubiera consentido que el pecado levantara un muro de separacion entre Dios y María. Sin vacilar podemos aplicar á esta bendita Señora sin restriccion alguna estas palabras del libro de Sirach, llamado el Eclesiástico, predicadas de la Sabiduría: «Uno es el Altísimo criador omnipotente y rey poderoso, y mas digno de ser temido, sentado sobre su trono, y Dios que domina; Él la crió en el Espíritu Santo,» esto es en la gracia y en la justicia; *ipse creavit illam in Spiritu Sancto.* Él la vió, y conoció todas las gracias, todas las perfecciones y prerogativas que le habia concedido; y la contó y la midió disponiendo que todo en María fuera perfectamente ordenado en peso, número y medida para gloria de esta criatura privilegiada, á quien amó desde el principio mas que á todas las criaturas: *et vidit, et dinumeravit, et mensus est.* No quiso el Señor que el oleaje de iniquidades agitado por el pecado envolviera á su amada, á su predilecta y escogida entre millares; y para ello hizo que la carne de María fuera preservada de toda mancha antes que la animase el alma; y el alma purísima que salia de las manos del Criador, posesionándose de este cuerpo santificado, al que no tocó la culpa con su hálito corruptor, permaneciera en un estado perfecto de pureza. Dios, cuyo poder es infinito, y cuyo nombre es santísimo, ha querido ostentar de esta manera con María las magnificencias de su poder omnipotente, y las dulzuras y atractivos de su santidad inefable: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Nosotros, H. M., que no hemos sido preservados de la culpa de origen cometida en el paraíso, sino que «por el

contrario hemos sido concebidos en las iniquidades y en el pecado por nuestras madres» comprendemos ahora perfectamente toda la estension de las miserias que hacen tan penosa nuestra existencia sobre la tierra, miserias de que María estuvo esenta, porque lo estuvo siempre del pecado que á nosotros, pobres hijos de un padre criminal, tanto nos afea y tiraniza, miserias que tienen su origen en ese pecado que tan graves y trascendentales estragos produjo en todo nuestro ser.

Convencido de esta tristísima verdad el autor del libro sagrado que hace poco he citado, enumera esas miserias que todos lamentamos, A. H. M., y que revelan nuestra caída. «Una grande molestia, dice, fué destinada para los hombres todos, y un yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día en que salen del seno de su madre hasta el día de su sepultura en el seno de la madre de todos; sus cuidados y los cuidados y los temores del corazón, la aprension de lo que aguardan en el día de la muerte. Desde el que está sentado sobre un glorioso trono, hasta el que está abatido sobre la tierra y la ceniza; desde aquel que viste jacinto y trae corona, hasta el que viste lino crudo, grosero lienzo, la zaña, los celos, la envidia, la inquietud, la agitacion, los alborotos, la perplegidad, y el temor de la muerte, y la ira pertinaz, y las contiendas agitan su alma aun en el lecho mismo, durante el sueño, en el tiempo del reposo: *et in tempore refectio- nis in cubili somnus noctis immutat scientiam ejus*. Apenas tiene un momento de descanso; en el sueño mismo se halla como un centinela que vela: *et ab eo in somnis, quasi in die respectus*. Contúrbase con las visiones de su imaginacion, como uno que escapó en el día de la batalla: *tanquam qui evaserit in die belli*. Esta es la suerte de toda carne, y además de esto, muerte, sangre, contienda y espada, opresiones, hambre, y quebranto: *fames, et contritio, et flagella*.

¡Qué cuadro, Dios mio, de desolacion, de calamidades y de muerte! ¡Que condicion tan triste y desconsoladora la del hijo del pecado! Ved ahí los frutos amargos de la culpa que comprenderemos mejor contemplando con la debida atencion la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen María nuestra dulce y amorosa Madre. Y digo que los comprendemos mejor porque si Dios hubiera concedido tan solo á María el privilegio de estar esenta de todo pecado actual no nos hubiera hecho conocer todo el ódio que tiene al pecado. Preservándola de este en su Concepcion ha querido librarla, no de un defecto de la conducta que observa, sino de un vicio del nacimiento, de un virus enponzoñado que corre por las venas del padre, y que se comunica á las venas de un hijo, y que lo hace todavia mas desgraciado que culpable, y esto nos hace entender toda la estension y gravedad de las innumerables miserias que con el pecado de nuestro primer padre hemos heredado todos, escepto la Virgen bendita Madre de Dios, á quien este Señor quiso distinguir y enaltecer sobre todas las criaturas: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

Adelantemos nuestra enseñanza aprendiendo que ese misterio que venimos admirando en la Reina de los cielos María al ser concebida, que el principio de nuestras glorias es la gracia divina que tan copiosamente se concedió entonces á esta Señora para glorificarla, y que tambien á nosotros nos glorifica: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*.

II.

Para neutralizar, A. H., los inmensos daños causados por el infierno representado en la serpiente del paraíso restituir á la humanidad sus derechos, perdidos por su belion en aquel lugar de dicha en que habia sido criada